

### **Ecós de venganza 3: Se busca culpable**

"He violado y matado a Lucía Gutiérrez. Disfruté de sus gritos y de su agonía, y luego violé su cadáver y lo hice pedazos. Pero, como el voto es secreto, nunca sabréis quién soy".

La noche había llegado hacía mucho y los integrantes de la mesa electoral estaban hasta los cojones. Por ello, pese a esa referencia de mal gusto hacia la desaparición de esa muchacha que había levantado en armas al pueblo, no le prestaron mucha atención al papel. Un voto nulo más, junto a las rodajas de chorizo y los memes sobre la repetición de elecciones. Pero, en ese caso, a diferencia de lo que había sucedido con esas graciosas imágenes impresas de Rajoy, Rivera o Iglesias, nadie se rió.

-Qué mal gusto...-se quejó una de las vocales-. Si supiera quién es, se iba a enterar el niño.

Pero a Alba no le pareció bastante con rechazar ese voto y sumarlo a la pila de los votos nulos. Algo desagradable se le metió por debajo de la piel al mirar esas palabras escritas en tinta roja, al echar un vistazo al emoticono sonriente que acompañaba a la confesión. Apretó los nudillos, indignada, aterrada. Ese cabrón estaba suelto en su ciudad. En la ciudad donde estaba criando a Jorgito, su bebé. Y se atrevía a...

-¿Estás bien?

-Sí, sí.

Continuaron contando los votos, pero ella siguió pensando en eso. Pensó en los lloros de esos padres que pedían por la tele que buscaran a su hija adolescente. Recordó haberlos entrevistado para la tele local, recordó sus lágrimas, recordó la agonía de esas dos desdichadas personas que habían perdido lo único bueno que había en sus vidas. Recordó los comentarios, alabando su labor, empatizando con ella. Recordó, por algún inteligente truco del inconsciente, las visitas que ese vídeo había recibido en su canal de YouTube.

Alguna ventaja tenía que tener el haberse pasado todo el día allí como presidenta de esa mesa electoral.

El final de aquella jornada fue poco reseñable: por parte de los representantes de los partidos, poco más que celebraciones enmascaradas y lloros encubiertos dependiendo de su resultado. Por parte de los pobres desgraciados que habían sido convocados en contra de su voluntad, llamadas a casa para avisar de que su tormento había llegado a su fin. Y, por parte de Alba, nerviosismo. Temblores. Miedo.

Su marido la recogió en el Toyota, pitando varias veces como le había indicado. Tantas veces que, inevitablemente, llamó la atención de los demás.

<<Como quitarle un caramelo a un niño>>-pensó. Le bastó con un rápido movimiento de mano cerca del montón de votos nulos, del montón más insignificante que existía, de ese montón donde ningún partido tenía nada que rascar. Seguramente esa decisión le provocaría un quebradero de cabeza a más de uno, quizá a ella misma, pero estaba convencida de que valdría la pena.

-¿Qué tal ha ido la jornada?-le preguntó el bendito de Alberto, que el día siguiente tendría que ir a trabajar al instituto de al lado. Ella le pellizcó la mejilla, pero esa noche no habría arrumacos. No solo estaba agotada, sino que tendría que redactar el artículo sobre los putos resultados.

-Bueno, no ha ido mal. Tampoco bien. Regular.

-Qué equidistante eres, querida.

-Ya ves.

Se besaron, cálidos y cariñosos. Quizás sí cayera un polvo esa noche.

-Oye, Alberto...

-Dime.

Le tendió la nota que había robado de la mesa electoral.

-¿Me podrías decir si esta letra coincide con la de alguno de tus alumnos?

...

Lisboa era una ciudad encantadora. Incluso su hijo de nueve años, normalmente impermeable a la belleza centenaria de las capitales europeas, apuntaba con el dedo a alguna fachada especialmente llamativa y apartaba la mirada del móvil cuando le llevaban a uno de esos deslumbrantes miradores.

-¡Mira, mamá! ¡Papá, papá, mira! ¡Ahí está el hotel!

Jorge se había puesto muy tonto cuando le habían desinstalado el TikTok hacía dos horas, pero el compartir las vistas del mirador de la Señora del Monte con los demás turistas, los músicos ambulantes y los lugareños que seguían soportando las aglomeraciones bajo la sombra de los árboles parecía haber despertado en él cierto hermanamiento con el resto de sus semejantes. Con la perspectiva vertiginosa que les permitía contemplar la ciudad como una miniatura, todo parecía más insignificante, incluidos los vídeos de caídas y bailes.

Alberto rodeó sus hombros con el brazo y le señaló ese fascinante paisaje urbano, tan parecido y diferente a todos los demás.

-Aquí se puede ver lo mejor y lo peor de Lisboa. Fíjate en el cartel: se inauguró durante la dictadura, esa dictadura en la que abundaban las torturas y las detenciones ilegales. Y, sin embargo, como sucede con los cadáveres que acaban permitiendo que las plantas florezcan, de este estiércol surgió esta preciosa flor que de momento no se ha marchitado... y que vale más que cualquier ramo.

Se besaron, para disgusto de un hijo que todavía no había experimentado el cosquilleo de la pubertad y no comprendía los angélicos y concupiscentes matices de ese acercamiento de labios.

-¿Cómo es que eres profesor de Matemáticas y no de Literatura?

-Yo soy un hombre del Renacimiento, querida.

Esa ocurrencia la hizo reír, aunque no fuera para tanto, y también le gustó cómo le agarró de la cintura. Todas las relaciones de amigas de Alba habían ido cediendo poco a poco ante los estragos del tiempo o las tentaciones al alcance de un clic, pero ellos habían aguantado. Se miraron, enamorados como el primer día, y...

-Ho... hola. Perdonen un momento.

Pese al fastidio que les provocó esa interrupción, su plácido estado actual les llevó a responder sonrientes a la voz que les había interrumpido. Cuando vieron quién era, su marido pareció ruborizarse, y ella le dio un codazo como reprimenda.

Se trataba de una mujer joven ataviada con un vestido verde. Su graciosa y pálida figura desentonaba en esa tierra de gente tostada por el sol, pero el mayor contraste se producía por esa sombrilla amarillenta que portaba. Normalmente habría supuesto un anacronismo, pero en esas manos tan delicadas solo parecía solidificar una envidiable sensación de atemporalidad.

-Disculpen. He notado que son españoles. No sé si les estoy importunando, pero... ¿podrían tomarme una foto?

Se mordió los labios y bajó la cabeza, posando la vista en las piedras de la hermosa ciudad.

-¡Claro!-exclamó Alberto-. Danos tu móvil y te la hacemos.

Las mejillas de la chica se tiñeron de una roja timidez.

-Ya, bueno... el caso es que me he dejado el móvil en casa. Si no les importa, ¿me pueden hacer la foto y me la mandan al teléfono?

-Vale-contestó Alba, complacida con su educación. Hasta su hijo se había quedado mirando a esa dama misteriosa, acaso entendiendo un poco mejor por qué se besaban los adultos-. Venga, yo se la hago.

Solo tuvo que tomar una foto: de algún modo, supo que aquella fotografía era perfecta, aún sin mirarla. Esa chica posaba como si fuera la musa de algún pintor, pero no antes de pintarla, sino después. Con ese encanto de los óleos que los seres humanos solo pueden soñar con igualar. Alba, casi diez años y casi diez kilos más vieja que en esa ocasión en la que había hecho justicia en su mesa electoral, sintió un pinchazo de envidia.

<<¿Por qué piensas en eso ahora? Anda, baja el teléfono, que estás haciendo el ridículo>>. Le tendió el móvil y ella les dio su número. Era un número raro, al que normalmente no habrían mandado ningún mensaje por miedo a que les entrara un virus, pero los ojos silvestres de la joven les transmitieron una confianza inquebrantable.

Tras darles las gracias, la mujer se alejó con la sombrilla dando vueltas, con un movimiento hipnótico que detuvo el tiempo durante un largo instante, hasta que desapareció de la vista con la lentitud de una hoja caída de un árbol.

-Qué guapa...-susurró Jorge, con los ojos como platos.

Su madre le revolvió el pelo. ¡Hombres! Empezaba pronto.

-Pues parece que tu padre piensa lo mismo-comentó, sardónica.

-¡Qué dices! No, simplemente me ha llamado la atención su sombrilla.

-Ya, ya, seguro que es eso lo que te ha llamado la atención. Anda, voy a mandarle la foto. Vigila al renacuajo, que está revolucionado.

Metió el teléfono en contactos con el nombre de "Turista" y preparó la foto para enviarla. Sin embargo, cuando iba a darle a la flecha, vio algo que hizo que tuviera que detenerse. Envío la imagen rápidamente para luego mirarla con más cuidado, para enfocar sobre esa mujer que caminaba apresurada hacia otra calle, mirando a la fotógrafa con el rabillo del ojo. Se había teñido el pelo de fucsia y llevaba un conjunto más atrevido que cualquiera de los que había llevado en el pueblo, pero no había duda de que era ella. Por eso, Alba se llevó la mano en la boca, no solo por la sorpresa que suponía verla en esa situación.

Era Lucía. Y, si esa chica desaparecida no había vuelto de entre los muertos o tenía una gemela secreta, había cometido un error muy grave.

...

Armando había recaído de nuevo. Cuando esos pensamientos oscuros habían invadido su mente, en vez de escribir un creepypasta en Internet o colgar unos memes en 4Chan sobre el atentado reciente en Niza, se había echado a llorar delante del ordenador. A llorar porque no podía ver el momento de marcharse de casa y del pueblo para estudiar, porque no podía comprender qué era lo que las mujeres no veían en su melena grasienta y su actitud taciturna, porque aquel desconocido le había dicho por Internet que su dibujo era una mierda.

Se mordió las uñas, ofuscado por la soledad, por las ramas podridas de esos árboles que no le dejaban ver el bosque. Siempre había sido así, siempre había sido el otro, el raro: en las clases, en los campamentos, en las fiestas. A veces pensaba que era un extraterrestre caído en la Tierra por error, incapaz de comunicarse en igualdad de condiciones con los insulsos habitantes de ese planeta cruel.

Se secó las lágrimas, mirando el cartel desmotivacional que había colgado en su página favorita y refrescando de vez en cuando el enlace para ver cuántos votos positivos había recibido. Pero, pese a la calidad de la viñeta que había dibujado, estos no parecían llegar.

<<Hijos de puta>>-pensó, con un temblor en las manos que le llevó a rebuscar en sus cajones en busca de la bolsita de hierba que tenía. Pero ese fuerte olor, que había intentado

tapar con su omnipresente desodorante, ya no le consolaba como antes. Y es que nada podía distraerle del hecho de que, si se cayera un día de su cuarto piso, el mundo seguiría su curso sin demasiados cambios.

Se encendió el porro, pensando en esa existencialista reflexión. No hacía mucho que había empezado a tomarse en serio a la muerte en toda su magnitud, y eso había trastocado su ya enfermiza mente. Por eso intentaba dejar su marca, por insignificante que fuera. Por eso hacía esos memes para volverse viral, por eso publicaba historias e imágenes de dudoso gusto. Y, en esa provocación adolescente, había una obra maestra que jamás podría igualar.

Cuando se había dado cuenta de que cumpliría los dieciocho antes de acabar el instituto, se había planteado si debía votar o no. Pero, en un ejercicio de nihilismo inmaduro, había decidido que su indecisión y su desprecio por todos los partidos se tornaría en una performance que no tendría nada que envidiar a la de ningún artista contemporáneo.

Se carcajeó tras tomar una bocanada de humo.

Al pensar en el secretismo del voto y en la importancia que se le otorgaba como fundamento del sistema democrático, se había preguntado si estaría por encima de una investigación criminal. Se había preguntado hasta qué punto la sagrada preservación de la democracia estaría por encima de la seguridad del ciudadano, o de ese sistema legal empeñado en reinsertar a violadores y asesinos con o sin su consentimiento.

De vez en cuando, pensaba en ese voto nulo y secreto, en la presidenta de mesa y los vocales teniendo que leerlo. Seguramente habrían pensado que se trataba de la *boutade* de un chaval inmaduro, pero quedaría un resquicio de una duda. Un resquicio de miedo, de repugnancia, de culpabilidad por no haber investigado más a fondo. A decir verdad, le daba pena Lucía y su previsible destino como comida de peces, pero había un sentimiento que se anteponía: la ebriedad de poder. Al pensar en ello, se hacía una paja, para llorar después. Y así, iba tirando.

Cuando oyó a alguien llamar a su cuarto, escondió el porro con un gruñido.

-¿Qué!?

La voz que le hablaba desde el otro lado de la puerta estaba recorrida por un escalofrío sonoro que anticipaba unas palabras que le hicieron sudar:

-Cariño, sal un momento. Está... está aquí la Policía.

Cuando se incorporó, ese artista moderno pensaba en todo menos en el arte. Haber resuelto el enigma sobre cuánto valía el secreto del voto no le resultó nada satisfactorio.

...

Jorge estaba en la cama, ya roncando. Sus padres, sin embargo, permanecían de pie, dando vueltas constantemente en un intento de cansar sus piernas y, sobre todo, su memoria. En ese momento, agradecieron haber optado por un hotel con un baño tan grande donde poder estar separados del otro, en un espacio personal cada vez más invadido por emociones de culpa.

-No puede ser ella-repitió Alberto, que no la miró a la cara cuando se lo decía-. No, imposible. La Policía la daba por muerta.

-Claro, porque la Policía no se ha equivocado nunca...-replicó Alba, en un tono burlón-. Mira, si no lo quieres ver, no lo veas. Pero era Lucía.

Él resopló, dando varias vueltas antes de contestar. Ella lo contempló, expectante, deseando no haber dejado nunca de fumar para poder echarse ahora el cigarrillo que tanto necesitaba.

-A ver, es verdad que el parecido es innegable-continuó su marido-. Pero la foto, te pongas como te pongas, no tiene la calidad suficiente como para decirlo al cien por cien. No tiene sentido que sea ella.

-Mira, eso te lo compraría si la hubiéramos visto en Tailandia o en Japón, pero está en Portugal. Tiene sentido, ¿no? Tiene sentido que huyera de la familia por cualquier motivo y que se fuera a un país cercano, con buen tiempo, con un idioma similar... está más claro cuanto más lo pienso. Nunca encontraron un cadáver, nunca encontraron ni una huella, ni rastro de ADN.

Alberto apretó los puños, frustrado ante los argumentos de su mujer.

-¿Y qué? Seguro que fue ese chico, Alba. Yo le di clase y, cuando le interrogaron, él reconoció que la letra era suya. Aunque dijera que era broma, estaba claro que fue él. ¡Por Dios! ¿Es que no viste los dibujos que sacaron de su casa? Eran... eran horribles.

Alba tuvo que darle la razón tácitamente. Ella misma había filtrado en el periódico esas ilustraciones que la familia de la chica había intentado usar como prueba. Demonios, esqueletos, intestinos esparcidos por el suelo... recordaba una imagen especialmente cruenta, que no se había atrevido a publicar, en la que un payaso pálido con peluca negra sostenía la cabeza cercenada de un bebé.

-Sí, ese chaval... el tal Armando... desde luego, estaba enfermo.

-¿Ves? Está claro que era un sádico que disfrutaba de la violencia. ¿Qué tiene más sentido, que una chica fingiera su muerte y engañara a todo el mundo o que un psicópata de tantos que hay sueltos decidiera dar rienda suelta a sus fantasías?

-Ya, ya... pero acuérdate de lo que decía. A mí me impactó mucho en su momento: que, si estuviera bien detener a la gente por sus dibujos como si estos fueran reales, Goya debería haber sido fusilado. Que tenía derecho al mal gusto.

-Ya. Si no se hubiera torcido, habría servido como abogado.

Alba tuvo que sonreír, abrazando a su marido. Su tacto fuerte y protector consiguió distraerle de la pavorosa posibilidad que se asomaba por los surcos de su cerebro.

-¿Y si nos equivocamos?

Un casto beso en los labios impidió que temblara.

-En caso de que así fuera, que lo dudo, solo dijimos lo que sospechábamos. No tenemos ninguna responsabilidad en lo que sucedió después. Y, al haberlo hecho de manera anónima, nadie sabe que fuimos nosotros.

Alba lo miró, con una admiración ambigua. Él también habría valido como abogado, aunque no estaba seguro de que aquello fuera un cumplido.

-Anda, vamos a dormir, guapa.

-Sí, es verdad. Nada, es solo... solo que me ha afectado un poco. Nada más.

A él, aunque quisiera negarlo, también.

-Normal. Pon la alarma para mañana, ¿vale? Que hay que levantarse pronto.

Ella movió la cabeza en un vago, perezoso, prácticamente inmóvil, ademán de afirmación. Su teléfono, impasible cartógrafo del tiempo, le advirtió de que la alarma sonaría en cinco horas. Para distraerse de tamaña afrenta a su salud mental, fijó su ojerosa mirada en el chat. Tenía bastantes mensajes pero, por algún motivo, solo se fijó en aquel que le había mandado un contacto guardado escuetamente como "Turista". Allí, tuvo que leer un agradecimiento que en esas circunstancias le resultó demoledor.

"¡Muchas gracias! Nada más verte, estaba segura de que serías buena persona".

En vez de responder, se fijó de nuevo en la foto. En el gentío, tan lleno de vida. En el bonito paisaje con la ciudad de fondo. Y en esa mujer que se parecía tanto a la chica que había puesto patas arriba a un pueblo entero.

Si esa chiquilla vestida de verde hubiera sabido lo que había hecho, no la habría considerado tan buena persona.

...

Armando había intentado salir a la calle, de verdad que lo había intentado. De hecho, había llegado hasta el ascensor de su bloque de pisos. Pero entonces se había acordado de todo lo que había sucedido durante ese año. De Esther, la vecina del quinto, llamándole asesino. De la paliza que habían estado a punto de darle esos rapados en las fiestas del pueblo. Del juicio, de los recursos, de los abogados y los policías. Del miedo, cada noche, al día siguiente.

De la vergonzosa sentencia judicial: el supuesto asesino era solo un niño imbécil. Y seguramente, por culpa de su inmadurez, el verdadero asesino había podido borrar sus huellas y escapar.

<<Bah, era una hija de puta de todos modos>>-pensó él, pensando cómo iba a aprovechar la tan ansiada libertad sin que nadie le arrancara la cabeza-. <<Si hubieras desaparecido tú, habrían dejado de hablar de ello al segundo o tercer día>>.

Era verdad. Por más que le jodiera, era verdad. Él era un tipo infame, enfermizo, improductivo, una de esas lacras que ningún programa educativo ni ningún Estado del bienestar podía paliar, que existía para mancillar las utopías de los optimistas. Pero, dejando a un lado su adictiva autoflagelación, era irónico que el lumpen más despreciable, que enmierdaba las paredes con sus pintadas o dejaba los excrementos de sus chuchos por la calle, fuera el primero que había querido correr a hostias a un chaval inocente.

Con la actitud titubeante de un niño acercándose a un padre furioso, buscó su nombre en Facebook. Había denunciado los comentarios de odio, pero era como achicar el agua de un submarino: siempre volvían, más y más, más virulentos, más personales, más hirientes.

"Hijo de puta, qué ganas de que te mueras de una vez".

"No tienes corazón. Hacerle eso a una pobre niña..."

"Sabemos dónde vives. Tu familia no tiene la culpa, pero vamos a ir a por ti".

Su familia. Bonito oírle mencionar, sobre todo cuando sabía que solo obtendría un tercio de la herencia que se merecía. Bueno, en realidad no se merecería nada, y sus padres se habían asegurado de hacérselo saber. El tío Manuel había prometido no ir a las cenas navideñas a las que acudiera él, y a su abuela había estado a punto de darle un ataque al enterarse de su detención.

Torció el gesto y encendió el ordenador, entrando en su foro habitual. Allí, con sus vergüenzas ocultas bajo un ridículo alias ("SuperSephiroth"), siguió conversando sobre videojuegos, sobre animes y sobre política. Decidió forear durante media hora que se acabó convirtiendo en dos, entrando en debates absurdos que se saldaron con insultos. Perdiendo el tiempo.

Mientras se encontraba en línea, vio que le llegaba un mensaje privado. DoloresVerdi. El chaval esbozó una sonrisa, echando un largo vistazo a su tranquilizadora foto de perfil: una verde pradera que, en un foro repleto de avatares de tías en pelotas o villanos cinematográficos, suponía un agradable contraste.

"¿Qué tal estás? ¡Echo de menos tus dibujos! Hace ya casi un año que no cuelgas ninguno y el foro ya no es lo mismo sin ellos. De verdad, tienes un talento tremendo, y me gustaría ver más".

Bendita Dolores, si es que se llamaba así. Acercó el dedo al teclado para contestar, pero este tembló antes de poder alcanzar su objetivo. Se imaginaba a esa internauta como una muchacha dulce, inocente, una aparición benévola vestida del color de la naturaleza. ¿Cómo explicarle que tenía miedo de coger un lápiz, de que la gente malinterpretara lo que

iba a decir, cómo explicarle que sus padres habían quemado todos sus dibujos y le habían prohibido comprar papel? ¿Cómo explicarle que ansiaba escapar de ese pueblo de mierda pero no veía la salida?

No, no veía nada esperanzador en el horizonte. Solo sufrimiento, solo reproches. Solo recursos y juicios, y preguntas que responder una y otra vez.

<<Al menos te recordarán>>-pensó, cerrando el ordenador-. <<Al menos, ya que no has conseguido que te amen, te odian. La gente a la que nadie odia dice que eso es mejor que la indiferencia, aunque a saber si es cierto. En cualquier caso, ahora eres un enigma, eres una leyenda urbana. Eres el hombre del saco>>.

Esa era una perspectiva halagüeña para su porvenir, para la huella indeleble que dejaría en el pueblo a través de las décadas, pero no para su día a día. Y es que había llorado por segunda vez en veinticuatro horas.

Miró al exterior, pensó en la altura desde ese cuarto piso. Sería un alivio para sus padres, sin duda. También para los padres de esa niñata, que al menos no tendrían que ver por la calle al hombre que pensaban que había matado a su hija.

<<¿Hombre? Menudas ínfulas tienes, bebé. No eres un hombre. Y, como tu camino se ha truncado, nunca lo serás. Pero puedes ser algo mucho mejor>>.

Enajenado y frágil, abrió la ventana. No sería un hombre porque dolía serlo, pero podía ser una historia. Un cuento de terror, una leyenda. Atravesó el marco y se subió a la cornisa, pensando en las historias que contarían, en las mentiras, en los debates acalorados sobre si su última locura confirmaba su culpabilidad o le eximía. Esa era la única huella que podía dejar en el mundo.

O, de un modo más literal, la mancha roja que dejó en el pavimento y el "2017" de su lápida.

...

-Vaya... hacía mucho que no follaba, no... no me esperaba que fuera tan rápido...

-Tranquilo, cariño-le dijo Lucía al cliente, acariciando su pecho con esos dedos mágicos de los que se enorgullecía-. Descansa un poquito y ahora lo volvemos a intentar.

Era un turista español que pasaría allí el mes, así que no tuvieron dificultad para conversar: pese a todo el tiempo que llevaba en Portugal, le gustaba oír su lengua y vagabundear por viejos recuerdos. Al menos, por viejos recuerdos agradables.

El cliente, un hombre pesado de mediana edad, tocó sus pechos operados y los mordisqueó. No lo hacía mal pero, desde luego, su técnica no ameritaba el gemido con el que le recompensó. Quizás se sentía especialmente nostálgica.

-Qué buena eres... ¿qué haces tú por aquí?

<<Me junté con malas compañías, me enganché a cosas que nadie debería probar, y desaparecí con un chico que creí que era el amor de mi vida. Y, aunque le mandé a tomar por culo y ahora estoy bien, me da vergüenza volver a casa para que mis padres me critiquen>>.

-¿Yo? Bueno, me gusta viajar por el mundo. A ti también, ¿no?

-Sí, claro... sobre todo cuando hay vistas como estas...

El miembro de ese hombre, gracias a Dios, no se irguió de nuevo. Así, pasaron un tiempo agradable entre besos, arrumacos, diálogos y miradas. Eso era lo que le gustaba de su trabajo: esa exploración de las ideas y los cuerpos de los demás, ese conocimiento de la psique humana que había ido desarrollando a través del escrutinio de esas pasiones que los demás solían mantener en un estricto anonimato. Ella conocía los secretos de los novatos, de los veteranos, de los obreros, de los empresarios, de los solteros, de los infieles impenitentes y los infieles arrepentidos. Y, cual discreto sacerdote, se guardaba para sí esas

revelaciones que otros habrían convertido en moneda de cambio, en rumor, en novela o en documental.

Despidió a su último cliente del día con una sonrisa algo más entusiasta que la que dedicaba a sus habituales (había que fidelizar al comprador, después de todo) y limpió su piso, listo para recibir a sus nuevos ligues dentro de dos días. Había llegado su fin de semana, y...

...y no tenía con quién pasarlo. Pensó, con ironía, en pagar a un escort para que le acompañara a cenar.

Se puso un ceñido vestido oscuro que, cuando salió de su casa, despertó más de una mirada de curiosidad y más de dos miradas de deseo. Esa era otra de las cosas que le gustaba de su trabajo: ese poder, esa certeza de que los gráciles movimientos de marea alta que describía su cadera permanecerían en el recuerdo de todo aquel con quien se cruzara.

Sus pasos acabaron desembocando, por planificación y por instinto, en la tasca de fado donde había acudido a su primera cita como mujer libre. Reconoció esos mismos carteles de músicos difuntos que había visto tantas veces, las bufandas y camisetas de equipos deportivos que dejaban un breve testimonio de historias que nunca podría escuchar pero cuya huella podía palpase.

La camarera, que ya la conocía, le preguntó si quería lo de siempre: unas croquetas de bacalao y una botella de ginja. Lucía se limitó a asentir, con la calma de un buda que observa el mundo desde la altura de unos ideales incorruptos por el hambre o el deseo. Por descontado, los rugidos de su estómago establecían unos límites muy estrictos para esa comparación.

El sabor casi contradictorio que conformaron las croquetas y el licor consiguió aplacar su apetito, pero no su curiosidad. Examinó al resto de parroquianos, claramente divididos entre los fascinados o impacientes turistas y los asistentes habituales, que conversaban relajadamente con el dueño o le pedían entre risas que cogiera la guitarra de una puta vez. Y es que la más opulenta cena, en un sitio como ese, era solo el primer plato.

El portero bloqueó la entrada, las luces se fueron apagando hasta que solo una apagada iluminación roja refugió a los asistentes. El dueño del local, un señor calvo y con gafas, el último reducto de un mundo diverso que iba muriendo lentamente para ser sustituido por una pasta homogénea, pidió a todo el mundo que se mantuviera en silencio. El músico afinó las cuerdas de su guitarra. Y, de ninguna parte o de todas, salió la cantante.

Era una mujer vestida con un vestido verde, de pelo corto y sonrisa bondadosa, una mujer que agarró el micrófono como si ella misma lo hubiera plantado en el suelo. El público enmudeció mientras ella iba sacando de su boca unas notas impregnadas de melancolía y nostalgia. La letra de su canción hablaba de amores perdidos, de oportunidades rotas, de arrepentimiento. De todo lo que, en definitiva, importaba en la vida.

Lucía miró a ese anciano que comía solo y no se atrevía a levantar la mirada, a los amigos que habían dejado el móvil en la mesa para babear por esa musa, a esa pareja cuyos integrantes se miraban el uno al otro como si esa melodía fuera la banda sonora de su vida. Y sintió su catarsis y su dolor, se sintió como si los conociera a todos, se sintió como si alguien la hubiera invitado a algún prestigioso club, al club donde pertenecían todos pero en el que muy pocos podían reparar. Se preguntó qué habría sido de toda esa gente que aparecía en las fotos colgadas en la pared. Se preguntó si, cuando pasaran veinte o sesenta años, habría alguien con ganas de colgar su retrato en algún sitio.

La voz suave de esa mujer triste (porque ella sabía mucho de esas cosas, y la cantante estaba triste) la meció con un ritmo mesmerizador, casi opiáceo. Le hizo volver a la infancia,

a la adolescencia, al instituto. Tuvo que sacar su pañuelo de tela del bolso para secarse las lágrimas. La empatía, claro, era una hoja de doble filo manchada de carmesí. Pensó en... no en ella, no en sus padres.

Pensó en ese chico que se había tirado por la ventana. La canción se fue evaporando paulatinamente, dejándola con un vacío en el corazón que no sabía qué podía llenar. Los aplausos parecían magnificados por el recuerdo indeleble de esa noticia que había leído hacía... ¿seis años ya? Sí, seis años desde que había decidido no mirar atrás pese a las consecuencias de esa fallida aventura que había tenido.

Dejó el dinero en la mesa y, sofocada, abandonó el local en busca del refrescante aire nocturno. Se movió, como febril, por las calles colindantes, con aquel licor dulce dando rienda suelta a su arrepentimiento. Sus dignas lágrimas, de impostada melancolía cinematográfica, dieron paso a una fea mucosidad y a unos espasmos patéticos. Si cualquiera de sus clientes habituales la hubiera visto, habría dejado de contratarla.

<<Da igual. Lo hecho, hecho está. Ya no eres Lucía, ahora eres Scarlet. Tu pasado está muerto y enterrado. ¿Quién se acuerda ya de eso?>>

Sí, era cierto. Se secó las lágrimas de nuevo, más tranquila. Se sentiría mal de vez en cuando, pero al menos nadie le podría recordar lo que había pasado. Nadie le podría recriminar el haber acabado con la vida de ese chico tan enfermizo, tan perturbador, tan raro... y, sí, tan inocente.

Por eso, cuando se chocó con un hombre en mitad de la calle, se limitó a disculparse en portugués. Hasta que vio quién era y todo su mundo, esa ficción tan cuidadosamente edificada con cimientos de cristal, se vino abajo.

Alberto la miró embobado, fuera de sí.

...

-Alba...

-¿Sí?

Justo después de que su hijo se había ido al baño del restaurante, como si quisieran recordarse a sí mismos que seguían siendo un macho y una hembra en vez de dos asexuadas figuras paternas, habían compartido un rápido beso. Pero aquel intercambio de fluidos, normalmente teñido de almíbar, no había resultado tan placentero como de costumbre.

-No sé, estaba pensando en... bueno, en Lucía. Me acuerdo de que tenía un lunar en la mejilla, de que la llamaban "Lunarita". Por lo visto, ese mote se lo pusieron los padres, pero no le gustaba mucho. No sé, recuerdo una reunión algo conflictiva sobre sus notas, y... parecían discutir mucho.

-Sí, me acuerdo-confirmó ella, sin saber a dónde se dirigía esa conversación-. Cuando les entrevisté... bueno, creo que te lo dije... cuando todavía la estaban buscando... le pidieron perdón por todas las discusiones que habían tenido, así que debían de ser comunes. Deberías haberlos visto, estaban destrozados.

Alberto emitió un murmullo de asentimiento.

-Ya. He estado pensando... no sé, que se juntaba con muy malas compañías. Vamos, de hecho a su grupo de amigos los estuvieron investigando, pero... bueno, la hipótesis de la Policía, antes de la nota, era que se había fugado con alguien. He estado pensando en ello y... bueno, no sé... tiene sentido.

Le costaba hablar. Ella le acarició el pelo a regañadientes, sabiendo que lo que iba a decir sería incómodo, que no podría deshacerse de la impresión que le producirían las palabras de su marido. Pero no quiso detenerlo.

-A veces, no puedo pensar que... solo a lo mejor, ¿eh? Que, a lo mejor, si no hubiéramos filtrado esa nota de mal gusto, la investigación podría haber seguido su curso normal. Que quizás... no sé. No sé.

Ella sí lo sabía. Por eso se secó una lágrima.

-Y por eso-continuó él- me gustaría que me dejaras ver la foto otra vez. Para ver si tiene el lunar.

Alba tuvo que reprimir un chillido. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas. Tuvo que mirar a los ojos a ese hombre que durante el día anterior le había servido como excusa para no hacer frente a lo que le llevaba atormentando durante tanto tiempo.

-Sí lo tiene-se limitó a contestar.

No dijeron nada más. Por suerte, después de medio minuto de miradas esquivas, llegó su hijo. Luego llegó el café, llegó la cuenta, llegó el momento de marcharse. Caminaron por las calles, tratando de depredar la felicidad ajena y contagiarse de ella. Pero una capa impermeable de culpa se interponía entre ellos y los demás.

<<¿Es egoísta que solo puedas centrarte en cómo te han jodido las vacaciones?>>-pensó Alberto. No, no era egoísta. Trabajaba como un burro, incluso en horas no pagadas, y odiaba a sus compañeros. Los alumnos eran cada vez peores, y había llegado a temer por su integridad física. Se merecía un respiro, joder. Se merecía descansar y confiar en el subterfugio de la casualidad, en que la muchacha de la foto era una portuguesa que simplemente se parecía mucho a...

Lucía. Le impresionó tanto verla que no pudo detener sus pasos. El choque se sintió irreal, como los últimos momentos de una pesadilla. Pero no despertó.

Y, aunque no hubiera visto el lugar, sí habría notado cómo ella tragaba saliva, cómo intentaba elaborar alguna excusa chapurreada en portugués. Hiciera lo que hiciera, no podría negar que era ella.

-¿Lucía?

La aludida se tapó la nariz con las manos. No. No, no, no. Muchas cosas se le pasaron por la cabeza a Lucía, pero la principal era una sola. No estaba preparada. En algún momento sí, en algún momento volvería a su hogar. Pero no ahora.

Y llevaba pensando lo mismo más de siete años.

-Por favor... por favor, no digáis nada. ¡Por favor, os pagaré lo que sea...

Alberto había oído ofertas y súplicas parecidas por parte de alumnos castigados, llevaba décadas viendo rostros similares al de esa mujer que se parecía más que nunca al de su alumna. Por eso, acercó su mano a su hombro, sin llegar a tocarlo.

-Mira, vamos a hablarlo. Alba, coge a Jorge y...

Ella negó con la cabeza.

-No, yo... yo también quiero estar allí. Cariño-indicó, dirigiéndose a su hijo-, si quieres demostrarme que eres tan maduro como dices, prométeme que no dirás nada de lo que ha pasado aquí. Y entonces tal vez te compre ese juego violento que quieres.

El chaval asintió sin hacer ningún comentario adicional, tal vez ensimismado ante el halo solemne que tenía esa conversación. Aunque no había tenido problemas tan complejos como los de ellos, sabía qué era un secreto, cómo identificar a quién le convenía guardarlo. Y, a juzgar por las caras de sus papás y de esa mujer, ninguno tenía especial interés en que aquello saliera a la luz.

Se sentaron en una terraza. Alba pidió un café, Alberto una botella de agua, Lucía un té y Jorge, un helado de chocolate. La pobre chica desaparecida miraba de un lado a otro deseando perderse en el anonimato de la masa, volver a ser una estadística o una noticia

en vez de una persona sometida a la esclavitud implícita en la existencia de sus seres queridos.

-Por favor, no digáis nada. Si me he ido es porque quería irme. Estoy bien, estoy aquí por mi propia voluntad. Nunca he estado mejor.

Qué sincera había sido y qué triste había sonado. Esperó que aquello lograra conmoverlos, que despertara en ellos esa misma humanidad que había llegado al pueblo entero a buscarla.

Pero, aunque les conmovía, había una consideración mucho más apremiante.

-Lucía, pero... jo, es que no sé ni qué decir. Verte aquí ha trastocado todo lo que pensábamos de ti, y... bueno, la verdad es que deberías hablar con tus padres. Yo hablé con ellos para el periódico y debes de saber que están destrozados. Lucía, da igual lo que quieras o dejes de querer: debes decírselo. No sabes cómo estaban...

-Sí lo sé-interrumpió ella, fulminando a Alba con la mirada-. Lo describiste con mucho detalle en tu artículo. Con demasiado detalle.

La periodista se detuvo, avergonzada. ¿Cómo podía hacer que esa chica comprendiera lo cerca que habían estado de chapar el negocio, lo bien que les había venido esa noticia? ¿Cómo podía comprender que ese voto nulo había conseguido revitalizar una institución tan esencial para el pueblo como la prensa libre?

-Lo siento si no te pareció de buen gusto, pero es mucho peor marcharse así de pronto, sin avisar a tus padres.

Ella apretó los dientes. Sin la posibilidad tan presente de que se chivaran a su familia, no habría dudado en responder con un alarido.

-Tú qué vas a saber cómo se vivía en mi casa. Vale, es verdad que los adolescentes lo magnifican todo. Es verdad que, a lo mejor, hoy habría reaccionado de otra forma. Sí, nunca me hicieron nada malo, se preocupaban por mí... pero mi reacción fue relativamente normal. Y, sobre todo, irreversible. Hice una estupidez, pero ya no tiene remedio. ¿Cómo me van a perdonar ahora? Lo hecho, hecho está.

Lo hecho, hecho está. Una verdad sin mácula, pero una verdad cuya prístina contundencia les erizaba el cabello de diversas partes del cuerpo.

-Ya, pero chica... aún puedes arreglar las cosas con tus padres-le apremió Alba, aunque no eran esos los motivos que le llevaban a formular su petición-. Y, aunque a veces cuesta, hay que tragarse el orgullo y hacer lo correcto. Entiendo que no has estado en contacto con ellos ni con nadie de tu familia, ¿verdad?

-Entiendes bien-admitió arrastrando las palabras-. ¿Y qué?

-¡Que no sabes si están bien! No sabes si les pasa algo, no sabes si necesitan tu ayuda. Podrían estar enfermos, podrían necesitar dinero o tener mil problemas que no le han contado a nadie. Lo que estás haciendo es muy egoísta.

Por su experiencia como profesor, Alberto sabía que la última frase sobraba: cuando se intentaba convencer a alguien de hacer algo, no había que recriminarle nada, por mucho que se tuviera la razón.

-¿Y qué? Soy adulta y esto de lo que me estás hablando es un tema privado. ¿Es que me debo a mi familia por ley o qué?

-No, no es eso. Y también... bueno, supongo que te enterarías del chaval que se suicidó. Lucía, como gesto reflejo, hizo el amago de borrar las lágrimas reseca de sus ojeras.

-Claro que me acuerdo de él. Un tío rarísimo, muy turbio. Me pregunto si ese cab...-miró al niño-... si ese individuo se alegró pensando en esa fantasía tuya.

Alberto suspiró, reconociendo el eufemismo en el verbo “alegrarse”. Recordó que se trataba de un alumno no muy brillante ni especialmente participativo, pero que solía comportarse bien.

-Seguramente tendría muchas taras y muchos traumas-negoció él, con una lengua que sintió deseos de lavar con lejía-. Pero era inocente, Lucía, y la gente en el pueblo lo recuerda como un asesino. Creo que... creo que, por respeto a él y a la familia, tendrías que decir la verdad. Para que la gente sepa que tal vez fuera un chico algo perturbador, pero no un asesino.

Su vieja alumna estuvo a punto de reírse (por no llorar) debido a la metáfora que se le acababa de ocurrir: se sentía como el escritor de una canción que inspira a un psicópata a tirotear a una clase entera. Sí, ese pobre joven seguramente se habría tirado por la ventana por cualquier otro motivo, pero el caso es que su desaparición había sido el detonante. Y toda la gente del pueblo lo tendría en cuenta.

-Él se lo buscó. No quiero decir que me alegre ni que esté bien, pero él era un adulto que tomó una decisión estúpida. Sabía que los ánimos estaban caldeados y aun así hizo esa... esa broma de mal gusto.

El matrimonio se agarró de la mano.

-¿Es que no pensáis en mí? Yo lloré mucho cuando leí la noticia. Pensar en que alguien fantaseaba con hacerme eso fue devastador. Y, sinceramente, no entiendo por qué os preocupáis tanto de ese chico y de su familia. ¿Qué se os ha perdido con ellos?

Se apretaron las manos con más fuerza.

-Mirad, la verdad es que me da igual-prosiguió ella-. Decídselo a mis padres si os da la gana, no sabéis dónde vivo. Me iré de aquí y suerte para encontrarme.

-No, espera...

-Mirad, no. No voy a dejar que me hagáis chantaje emocional para arruinar la vida que me he ganado aquí. Me alegro de veros, pero ya me he cansado. Adiós.

Se levantó de la silla con una rapidez que impidió que Alba pudiera reaccionar. Se limitó a extender el brazo, pensando en el momento dichoso en que le había llegado la notificación que la había nombrado presidenta de mesa. Pensando en cómo todos los vocales, cuyo puesto de trabajo no dependía de una exclusiva, habían desestimado ese mensaje como lo que en realidad era: una broma de mal gusto. Pensó y pensó, pensó tanto que quedó paralizada, impotente mientras ese implacable recordatorio de su mezquindad se alejaba, listo para acercarse para siempre a sus recuerdos.

-¡Espera!-exclamó su marido, decidido. Decidido a joderse la vida por un tiempo para evitar jodérsela para siempre-. Fue culpa nuestra.

La chica desaparecida se detuvo, mirándole a los ojos con una confusión que invitaba a la curiosidad.

-¿Qué dices?

-Que, si ese chico se suicidó, fue por culpa nuestra-confirmó, para horror de su mujer-. Ella filtró ese voto anónimamente después de que yo localizara al alumno cuya letra coincidía con la que había en el papel. Por eso, por la atención que pusimos sobre él, ese chaval se quitó la vida. Esa es la verdad. Y por eso... por eso te pido, te suplico, que hables con tus padres. Para que, por lo menos, la gente sepa que él no era un monstruo.

Lucía los contempló como si fueran dos animales salvajes cubiertos de mierda blanda y pútrida. Antes de encontrarse con ellos, todavía había mantenido una buena opinión de esa pequeña celebridad local y de ese profesor tan enrollado que hacía que las otras alumnas babearan. Durante la conversación, había mantenido cierta respetabilidad en sus modales por la presencia del crío y por creer que estaban hablando con toda la buena intención.

-Hipócritas-musitó, con un nuevo desengaño uniéndose a su álbum de traumas-. Echándome la culpa a mí de lo que le pasó a ese muchacho... claro, echándole la culpa a la chica problemática, a alguien que no tenía una vida tan perfecta como vosotros, a alguien en el que nadie va a confiar, como hicisteis la otra vez. No merecéis ni que os hable. Yo no voy a volver a hablar con mis padres en la vida, eso lo tengo claro. Así que, si queréis hacerlos los santos, decidle la verdad a la familia del chico. Adiós.

Acto seguido, abandonó la mesa, sin que ninguno de los dos pudiera defenderse de tantas verdades concentradas en tan poco tiempo. Se miraron, arrepentidos, pidiéndose perdón el uno al otro por haberse metido tan profundamente en esa fosa séptica de la que ya no podían salir.

-Mamá, papá...

-Perdona, hijo-le dijo ella-. Es... es complicado. Solo recuerda no decir nada y ya te lo explicaré.

Él hizo un mohín.

-No, sí que lo he entendido. Más o menos. Pero me acuerdo de que, cuando era pequeño, me decíais que tenía que hacerme responsable de mis errores y todo eso. Así que es un poco *loleante* que ahora estéis usando a otra persona para no tener que hacerlos responsables de los nuestros.

Alba quiso ir atrás en el tiempo para criarlo peor, o adelante para verlo convertido en un adulto tan cínico y tan cobarde como ellos. Pero, de momento, allí estaba ese chico, con sus ideas claras y la capacidad para expresarlas. Podía pensar que era excesivamente inocente, que no estaba pensando en las consecuencias que esa revelación podría tener sobre ellos. Pero estaba harta de excusas.

Tanto ella como su marido miraron los contactos en los que tenían guardados a los padres del chaval, a esos padres que ni siquiera podían estar seguros de que su hijo no fuera un asesino. Miraron sus fotos de perfil, engañosamente optimistas. Las puntas de los dedos parecían quemar al contacto con la pantalla. Al escribir la primera palabra, Alberto se preguntó si quería continuar.

Y, juntos, contemplaron esa ciudad con otros ojos, con los ojos de quienes saben que no merecen lo que tienen, y que nunca se olvidarán de ello.

Lucía caminaba por la calle como un espectro iletrado, habiendo olvidado por completo el portugués. Pensaba en la muerte y pensaba en la tristeza. En ese muchacho, en su familia. En la tumba anónima o la incineración exprés que la esperaba. Con una rapidez que nacía de la desesperación, pulsó un número de teléfono, uno que seguía recordando más de una década después de haberlo memorizado. Si no se habían cambiado de casa, estarían allí.

Llamó al fijo, y los pitidos la despertaron de su extenso letargo. Lo hizo con nerviosismo, sí, pero no con el miedo que había esperado, con ese pavor que le había impedido hacerlo hasta el momento. En realidad, su único temor relevante era el coste de esa llamada desde Portugal a España.